

Monseñor Romero y el momento actual*

La UCA recuerda todos los años a Monseñor Romero y los mártires de la UCA hicieron de ello algo central. Es una forma de agradecer su inspiración y ánimo al país, a la Iglesia y a la UCA, y de reconocer la necesidad de mantener vivas ambas cosas para bien de todos. En 1985, con los desvelos sobre todo del P. Ellacuría, le dedicamos la capilla de la universidad y le otorgamos un doctorado *honoris causa* para reconocer que Monseñor fue en verdad maestro de todos y maestro de la UCA. En aquella ocasión el P. Ellacuría dijo las siguientes palabras sobre Monseñor Romero.

Hoy como ayer es necesario seguir haciendo lo que él hacía, cada uno a su modo según sus luces y sus fuerzas. La universidad, universitariamente. Por ellos, la universidad, fiel a los mismos reclamos populares que él escuchó, fiel a las exigencias dolientes de la tragedia de un pueblo, cuyo clamor se eleva hasta el cielo, fiel también a los valores fundamentales que movieron audazmente el corazón de Monseñor Romero, se propone renovar sus planteamientos, sus compromisos y sus prácticas para que en lo posible no tengan éxito quienes quisieron apartar del camino a quien decía y hacía la verdad ("La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero", *ECA*, 1985, 437: 167).

Hoy, en 1991, recordar y comprometerse con Monseñor Romero sigue siendo una necesidad,

pues, aunque hayan cambiado algunas cosas —en lo que insisten quienes quieren ignorarlo y enterrarlo—, las estructuras más profundas de la realidad salvadoreña, si se ven desde las mayorías populares, siguen siendo semejantes a las de su tiempo.

Por ello, aunque su aporte sigue siendo múltiple para la Iglesia y para el país, nos concentramos aquí en la luz que Monseñor ofrece sobre nuestra realidad global, que quiere ser encubierta, y en el espíritu que nos ofrece para transformarla.

1. *El engaño global: encubrimiento de la realidad actual salvadoreña.* Es cierto que hay cosas que han cambiado en el país con respecto a su tiempo: la guerra abierta y ahora el proceso de negociación, las elecciones periódicas, el nuevo orden internacional..., pero, en lo profundo, la realidad nacional no ha cambiado sustancialmente. Y si hay que poner en una palabra cómo están hoy las cosas, lo más objetivo y honesto es afirmar que la realidad nacional sigue siendo una catástrofe.

Esta catástrofe, sin embargo, es encubierta. Se quiere introyectar en la conciencia colectiva que a través de algunos cambios se ha dado un gran cambio, cambio por fin adecuado y beneficioso para el país; que se ha encontrado el camino correcto, con obstáculos y limitaciones —se añade—, pero correcto al fin; que se han encontrado

* Conferencia pronunciada el 20 de marzo, en la capilla de la UCA, durante el triduo que el Centro Monseñor Romero organizó en el undécimo aniversario de su martirio.

“las reglas del juego”, las cuales, si uno se atiene a ellas, producirán frutos.

Con todo ello se intenta introyectar la sensación de “normalidad” después de años que hubiesen sido de excepción y aun la sensación de “progreso” después de años de catástrofe. En el país, en efecto, hoy parece haber respuesta satisfactoria para todo, y para callar así la boca a quienes se preguntan por la catástrofe. Y todo ello se hace triunfalmente, con toda paz y sin ningún pudor. Si existen graves divergencias políticas, se dice que para dilucidarlas ya funcionan las elecciones. Si existen violaciones a los derechos humanos, se dice que ya está funcionando el ordenamiento jurídico. Si existe pobreza, se dice que la política económica ya está dando —y dará sin ninguna duda— sus frutos. Si existe guerra, se dice que ya hay negociaciones. Y si existe oscuridad fundamental sobre lo que debemos y queremos ser los salvadoreños, se dice que ya existe la Constitución.

Estas respuestas son baratas, y, en el fondo, falsas, pero se repiten incesantemente. La gente sabe y siente, porque lo padece, que las cosas no son así, pero está constantemente bombardeada por un ingente intento de encubrir la catástrofe del país como tal. Y ya no resuenan frases como aquella de Monseñor Romero: “esto es el imperio del infierno”.

A este nivel, que va más allá de la casuística que origina a diario la vida nacional, si ha habido fraude o no, si se está investigando con rectitud o no el caso de los jesuitas o el de El Zapote, si disminuyen o aumentan las violaciones de los derechos humanos, se sitúa el aporte de Monseñor. Este aporte consiste en retrotraernos a la verdad fundamental, y, como ahora se está queriendo ocultar esa verdad y se están presentando retoques cosméticos a la realidad, en retrotraernos a la crudeza y desnudez de esa verdad.

Dicho en palabras sencillas, en el país existen hoy males del cuerpo y males del alma. Muchos son los males del cuerpo salvadoreño: pobreza, desempleo, injusticia, guerra, refugiados en el exterior... Pero también el alma salvadoreña tiene hoy males muy graves, y éstos, muy agudamente, siguen siendo el engaño, la indefensión, el miedo,

la resignación, la desidentificación. Sobre estos males sociales, los males del alma, queremos reflexionar ahora para comprender lo necesario y beneficioso del aporte de Monseñor Romero.

La pobreza trágica e inhumana. El Salvador es un país en extremísima pobreza y hay que recuperar la crudeza del hecho en sí mismo y su intolerabilidad. El hecho bruto es que —sea cuales fueren los indicadores económicos— para las mayorías populares las cosas van a peor y sobrevivir les es cada día más difícil. Sólo en el primer año del presente gobierno, 250,000 salvadoreños se añadieron al ya inmenso grupo de la pobreza y el desempleo se elevó al 45 por ciento. (En América Latina, en 1970 había 71 millones de pobres y en 1990, a pesar de las democracias propiciadas por el gobierno de Reagan, hay 183 millones, según datos de la CEPAL.)

Sin duda, sigue vigente lo dicho por Monseñor Romero y por Medellín: las causas de la miseria y de la explotación son la injusticia estructural, la acumulación de riqueza, a la que Monseñor llamó ídolo; y es más que evidente la urgencia de buscar los medios eficaces para eliminar esa pobreza. Pero estamos en una situación en que es también muy urgente recobrar la conciencia de la catástrofe como tal, y no hacerla pasar a segundo plano a través de la inacabable discusión sobre los responsables de la tragedia y los mejores modelos económicos para resolverla.

Lo que aquí está en juego es mirar a las mayorías populares con corazón de piedra o con corazón de carne, con indiferencia o con misericordia. Lo primero es un gravísimo mal social, y lo segundo es lo que hay que recuperar urgentemente: la misericordia hacia un pueblo empobrecido hasta límites inhumanos, un pueblo crucificado, como decía Ignacio Ellacuría.

La violencia. En El Salvador hay todavía una violencia y una represión intolerables. Es cierto que el cese del fuego puede llegar pronto —ojalá llegue muy pronto— y que las violaciones de los derechos humanos no son como las de los comienzos de la década. Pero siguen presentes las raíces de la barbarie (véase recientemente el caso de El zapote, de *El Diario Latino*, los asesinatos de miembros de la Unión Democrática Nacionalis-

ta, los cateos a los locales de los partidos políticos, y también, aunque de orden distinto, la violencia del FMLN). Los ataques contra el arzobispado y contra Tutela Legal de parte del gobierno, la Fuerza Armada, la oligarquía y la embajada de Estados Unidos, nos retrotraen a épocas pasadas muy oscuras. Y prosigue, sobre todo, la impunidad con que se cometen todas estas cosas antes, durante y después de los hechos...

En la raíz de la sociedad salvadoreña hay, pues, una pobredumbre que no desaparece, que produce inseguridad, miedo y deshumanización colectiva. Y ante ello hay que recobrar la indignación de Monseñor Romero, la de los profetas de Israel y la de Jesús. Si esa indignación desaparece, si ya no se expresa —por peligrosa o por inútil—, eso sería un mal social grave.

La administración de justicia. En El Salvador no se puede decir que se imparte adecuadamente justicia, sobre todo en casos de violaciones de los derechos humanos. Se intentan reformas técnicas, hay dinero de la AID y presión de Estados Unidos para mejorar la imagen. Pero, con todo, no hay cambios sustanciales, y no sólo porque existan fallos técnicos ni porque el proceso de acostumbrarse —por fin— a impartir justicia sea comprensiblemente lento, sino porque la administración de justicia —sometida eficazmente a lo militar— se sigue prestando a farsas (véase el caso de los jesuitas, tal como lo ha denunciado el congreso de Estados Unidos y también, aunque con mayor suavidad, la ONU, la comunidad europea y el gobierno español).

Con ello, se introduce en la conciencia colectiva la inutilidad sustancial de la justicia, pues no se resuelven los casos; el miedo a cooperar, pues los que ofrecen indicios o pruebas, en lugar de ser apoyados y felicitados, son tratados como sospechosos y aún como supuestos malhechores (véase el caso de la testigo Lucía Cerna, los ataques a Tutela Legal); la frustración de que ni siquiera la justicia tiene libertad para investigar y afirmar la verdad y está supeditada, en definitiva, al poder militar, no al de la verdad.

El miedo. El Salvador es hoy un país con miedo. La experiencia cotidiana lo muestra y las en-

cuestas de la UCA afirman que el 80 por ciento tiene miedo y que éste ha aumentado con respecto a épocas pasadas. Este miedo se expresa en el hablar sobre los derechos humanos, en las elecciones, en ir a votar, en la autocensura en las declaraciones y publicaciones —aunque algo se ha avanzado en esto— y hasta en reuniones religiosas eclesiales, en el modo de predicar... Se expresa sobre todo en el sentimiento de inseguridad ambiental y de estar sometidos a la arbitrariedad.

El sentimiento de ser engañados. El Salvador es un país desengañado e incrédulo, que no cree en la palabra de sus líderes políticos. Las encuestas dan la increíble cifra de que sólo el 1 ó 2 por ciento creen lo que les dicen los políticos. La verdad no se da como lo supuesto, sino como lo ausente. Se piensa que en la política el propio interés priva decisivamente sobre el interés de las mayorías. Se presupone engaño, malinformación, manipulación...

La identidad trastocada. El pueblo salvadoreño ha buscado soluciones propias —con mayor o menor éxito— a sus problemas. En los setenta las buscó por el camino de las elecciones; después, en su propia organización popular; algunos, en la revolución armada. Pero estos intentos, muchos de ellos realmente salvadoreños, son aplastados y acusados de ser importados. Los pequeños, aunque importantes logros originales que se dan en comunidades populares, en repoblaciones (recuérdese el entusiasmo del P. Segundo Montes al proponerlas como modelo de solución para el país) no son incorporados a la hora de buscar soluciones salvadoreñas, sino que son obstaculizados, cuando no hostigados y perseguidos.

La identidad nos quiere ser impuesta, más bien, según otros modelos, parece que el de los países asiáticos orientales y sus modelos capitalistas de desarrollo, sin reparar en lo deshumanizante de esos modelos, como lo denunció aquí el P. José Ellacuría, S.J., desde su experiencia de Taiwán: "el capitalismo del mundo occidental está imbuyendo a nuestra juventud con la cultura egoísta del medro individual". Y sin que lo positivo que él vio aquí, sorprendido, entre las comunidades populares y quienes trabajan en su favor, haga

pensar como alternativa a esos modelos: "en El Salvador he visto que se puede vivir de otra manera".

Y por supuesto, a través de los medios se da el bombardeo continuo de la cultura consumista, norteamericanizada, nada salvadoreña, y prosigue la consabida dependencia cuasi-absoluta de Estados Unidos, aumentada ahora con el nuevo orden político bajo el liderazgo del presidente Bush, quien dice contar con los medios para ello y, cínicamente, con la autoridad moral.

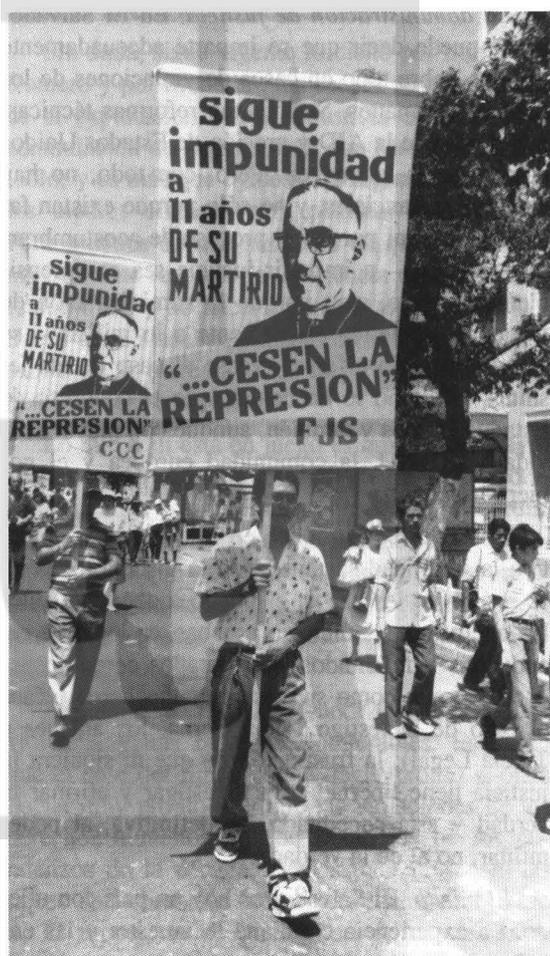
La resignación y desesperanza. En El Salvador la esperanza se ha reducido —aunque eso sigue siendo un milagro— a la voluntad de sobrevivir, pero casi ha muerto la esperanza de que los cambios necesarios son posibles. En estas elecciones sólo votó el 50 por ciento de la población, y eso en momentos de guerra y negociación, y de empobrecimiento creciente, es decir, en momentos cruciales para el país. Para ese abstencionismo puede haber explicaciones en los fallos técnicos y en la manipulación de los listados. Pero la explicación más obvia es la resignación y la desesperanza. Muchísimos piensan que ya han intentado muchos medios de solución y que ya ha habido muchísimas elecciones, pero que éstas no traen solución.

Digamos para terminar estas reflexiones globales que la realidad salvadoreña no es sólo esto, por supuesto. Siguen existiendo, increíblemente, la esperanza de vivir, el compromiso y la terquedad para lograrlo, y en ello sigue actuante el espíritu de Monseñor Romero y de todos los mártires. Pero es cierto también que se dan los males descritos, el engaño, el miedo, la resignación, y que junto a los males del cuerpo están esos males del alma. Es muy urgente encontrar solución para los primeros, pero es también muy urgente producir los bienes sociales de verdad, esperanza, dignidad sin los cuales no se puede sanar ni reconstruir nuestro país.

2. La luz de Monseñor: su aporte al alma del pueblo. El aporte de Monseñor Romero al país sigue siendo múltiple y sigue animando para encontrar soluciones a los problemas graves concretos, como él lo intentó en su tiempo: propuestas de diálogo, apoyo —condicionado— a la primera junta... Pero ahora nos concentramos en su aporte

para superar los males sociales que él combatió y para generar los bienes sociales que él propició. No es que hoy haya que buscar en sus palabras soluciones concretas a nuestros problemas concretos, pero sus respuestas de ayer siguen iluminando lo que hoy hay que hacer: generar verdad, generar esperanza, generar dignidad.

Generar verdad. Monseñor Romero dijo la verdad y toda la verdad sobre el país con el convencimiento de que la verdad es un gran bien social y de que humaniza a todos. Sin duda ninguna, fue profeta de denuncias, pero fue ante todo y formalmente decidor de la verdad. Y como quiso comunicar la verdad con eficacia, por ello la pronunció con la desnudez y crudeza proporcionales a la tragedia de la realidad, precisamente para poder llegar a comunicar la verdad.



En ese decir la verdad, Monseñor Romero tuvo presente tres cosas que hoy siguen siendo importantes. La primera es que, como la verdad —ayer como hoy— está oprimida, hay que pronunciarla como denuncia pero, sobre todo, como desenmascaramiento de la mentira: “falta en nuestro ambiente la verdad... Sobran quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida”.

La segunda es que su criterio para decir la verdad sobre la realidad no fue simplemente “el país”, aunque trabajó y dio su vida por todos los salvadoreños, sino “las mayorías populares”, los pobres, algo tan exigido por el evangelio y por la Iglesia actual, pero nada fácil de hacer y de mantener. “La Iglesia apoyará uno u otro proyecto según le vaya al pueblo”.

Y la tercera es que pronunció la verdad con ocasión de problemas concretos, pero no se dejó atrapar en la casuística de lo concreto —tan interminable como las consabidas “investigaciones exhaustivas” que a poco o nada llevan—, sino que periódicamente dio juicios globales de la totalidad de la realidad salvadoreña. “Existe una pseudopaz y un falso orden, basados en la represión y el miedo... El robar se va haciendo ambiente y al que no roba se le llama tonto... Se juega con los pueblos, se juega con las votaciones, se juega con la dignidad de los hombres... Estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada”.

Recordemos, en concreto, la verdad que pronunció sobre los tres gravísimos males de su tiempo, bien presentes en la actualidad, citando sólo algunas de sus innumerables palabras, sin prácticamente comentarlas, pues hablan por sí mismas.

La pobreza cruel. La pobreza es la última verdad de la realidad salvadoreña y la máxima expresión de injusticia y de negación de la fraternidad. “En El Salvador diríamos que va aumentando la distancia entre los muchos que no tienen nada y los pocos que lo tienen todo”. El rico Epulón y el pobre Lázaro eran para Monseñor la parábola del país.

A los que se ufanan del crecimiento económico, sea cual fuere su realidad, les recordaba que lo fundamental está en la justa distribución. “¿De qué sirven hermosas carreteras y aeropuertos, her-

mosos edificios de grandes pisos, si no están más que amasados con sangre de pobres, que no los van a disfrutar?”.

La represión. Monseñor bramaba contra la represión. “La muerte es signo de pecado, cuando la produce el pecado tan directamente como entre nosotros: la violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar gente. ¡Todo esto es el imperio del infierno! ¡Son del diablo los que hacen la muerte! Colaboradores, agentes del demonio. Impositores de algo extraño que no cabe en el plan de Dios”.

Con esa fuerza inigualable comunicaba la ultimidad de la aberración del país. No es sólo que esta aberración nos hace vivir en una situación antidemocrática, como si lo peor de la represión fuese la incoherencia y la contradicción entre las violaciones de los derechos humanos y la democracia incipiente en que nos han instalado, sino en una situación antihumana.

Monseñor Romero, indudablemente, trabajaría hoy, como lo hace monseñor Rivera, para que se den cambios aunque fuesen pequeños, pero nunca se daría por satisfecho con ellos, porque el volumen, en su totalidad, es todavía intolerable y escalofriante, y porque las raíces y el aparato de la represión siguen presentes (como lo repetía Ignacio Ellacuría y lo recuerda cada año las Naciones Unidas).

La administración de justicia. Monseñor Romero recordaba insistentemente que el problema no es si existen o no instituciones de justicia, sino en si éstas funcionan o no. “Esta Honorable Corte (de Justicia) no ha remediado estas situaciones, tan contrarias a las libertades políticas y a los derechos humanos, cuya defensa constituye su más alta misión. Tenemos, pues, que los derechos fundamentales del hombre salvadoreño son pisoteados día a día, sin que ninguna institución denuncie los atropellos y proceda sincera y efectivamente a un saneamiento en los procedimientos... Esta denuncia me la impone el evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel, aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia”.

Y se preguntaba también en favor de quién

está la justicia. "La ley es como la serpiente. Sólo muerde al que va descalzo", al pobre. Juzgaba de la globalidad de la administración de justicia más allá de la casuística e insistía sobre todo en que la justicia debe estar en favor de los pobres, de quienes, sin ella, son más fácilmente víctimas de los poderosos (como lo muestra la "parcialidad" que está en el origen de las instituciones de justicia en el antiguo Israel).

Generar esperanza. Ante el gravísimo mal social del miedo y la resignación, Monseñor Romero ofreció esperanza, y la ofreció constantemente hasta el final de sus días. Para expresar gráficamente el miedo decía: "aquí no hay más voz que o callarse y ver en silencio que le matan a su familia o denunciar y esperar también la misma suerte. ¡Es triste la situación!".

Pero comunicó también esperanza. "Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador: ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: ¡Sí hay salida!". "Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no serán en vano... Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana". "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener".

¿Es esto utopía ingenua, desmentida por la historia? Recordemos que Monseñor Romero trabajó constantemente por dar formas concretas y eficaces a la esperanza: su apoyo y sus críticas a las organizaciones populares para que pudiesen ser más eficaces, su apoyo condicionado al golpe del 15 de octubre, sus propuestas de diálogo en 1979... Monseñor Romero no pensaba, pues, que las soluciones caen del cielo, sino que hay que construirlas, aunque sea lentamente. Pero tuvo gran lucidez sobre la necesidad de mantener en el pueblo ese bien social que es la esperanza, pues muerta ésta le han quitado prácticamente todo.

Generar dignidad. En las soluciones que hoy se buscan, sean mal o bien intencionadas, el pueblo, las mayorías populares están ausentes. Se les habla a ellos, pero no dejan que ellos hablen, que ellos "sean". Y esto no es casual, pues no se cree realmente en ellos. Esa es la forma más radical de privar a un pueblo de dignidad, y lo que hizo Monseñor Romero fue devolver al pueblo esa su dignidad arrebatada. En palabras dirigidas en directo a la Iglesia de la arquidiócesis, pero que se pueden interpretar como dirigidas a todo el pueblo, decía: "ustedes, una Iglesia tan viva, tan llena de espíritu". "Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también, y quedarán ustedes, un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta. Siempre existirá la Iglesia mientras haya un bautizado".

Estas palabras son retóricas, pero son eficaces para comunicar dignidad. Muestran que Monseñor "creía" en los cristianos y en los salvadoreños, en el verdadero pueblo salvadoreño. Esa fe en el pueblo, real, no fingida, es lo que le comunica identidad y dignidad. "Con esto pueblo no cuesta ser buen pastor".

3. El espíritu de Monseñor: las condiciones de su aporte eficaz. Monseñor Romero no sólo intentó producir los bienes sociales de la verdad, la esperanza y la dignidad, sino que en su día lo consiguió. Y hay que ver cómo lo consiguió para poder seguir haciéndolo hoy nosotros. La respuesta fundamental es tautológica: Monseñor fue eficaz porque su palabra fue aceptada por las mayorías del país y por quienes las defendían. A ello ayudó indudablemente su peso social como arzobispo y los medios de comunicación masiva de los que dispuso. Pero eso no lo explica todo ni lo más fundamental. Veamos, pues, muy brevemente por qué fue eficaz.

La misericordia última. Monseñor Romero comunicó al pueblo que para él lo primero y lo último —aunque entre ambas cosas hiciese muchísimas otras— fue siempre la compasión y la misericordia hacia todo un pueblo sufriente. Por ellos vivió y se desvivió, y a ellos supeditó todo lo de-

más, incluida su paz personal y la institución eclesial. Al visitar Aguilares, tras un mes de ocupación militar, les dijo a los campesinos: "a mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres". Hacia el final de su vida, cuando un periodista le preguntó qué haría si estallase la guerra y se dificultase la actuación de la Iglesia, contestó: "nos mantendremos en nuestros puestos, aunque sólo sea recogiendo cadáveres e impartiendo la absolución a los moribundos".

Estas son palabras poderosas que comunican lo fundamental: tras el sacerdote y el arzobispo, tras el salvadoreño y el cristiano, está ante todo el ser humano movido a compasión y misericordia, como el buen samaritano, como Jesús y como el Padre celestial. Para pedir solidaridad con su pueblo Monseñor argumentó de muchas maneras, pero la fundamental fue la siguiente: "que no se olvide que somos hombres y que aquí están muriendo, huyendo, refugiándose en las montañas". Lo primero y lo último fue, pues, para Monseñor la compasión ante el sufrimiento de los pobres.

La convicción en el decir la verdad. Monseñor Romero vio en el decir la verdad una obligación sagrada, que debía cumplir por fidelidad a su ministerio arzobispal y, en definitiva, por su fe en Dios. Pero además estaba convencido de la eficacia de la verdad para orientar las soluciones para el país. Estaba convencido de que la verdad produce bienes inmediatos y mayores bienes a la larga, que la verdad está en favor de los pobres y de las víctimas, que la verdad apunta el camino correcto hacia la salvación. "Por ahí, por ahí", decía Monseñor con su palabra, así como el beduino — sobre el que predicó en el entierro del mártir Alfonso Navarro— apuntaba con su mano a sus compañeros perdidos en el desierto "por ahí, por ahí". Tanto al beduino como a Monseñor los amenazaron y los mataron, pero Monseñor mantuvo hasta el final la convicción de lo necesario, beneficioso e insustituible de decir la verdad. Con ella se humanizan personas y pueblos, sin ella y contra ella —aunque a la corta parezcan lograrse algunos bienes— sucede exactamente lo contrario.

La compenetración con las mayorías populares. El dialogante natural de Monseñor Romero no fue en directo el país en su totalidad, sino los po-

bres. A ellos sirvió y, precisamente, por ello también los criticó, para que diesen más de sí. Pero no sólo se puso a su servicio, sino que de ellos también aprendió, y entre ambos, pueblo y Monseñor, se desarrolló una profunda relación de dar y recibir, relación que se expresó a todos los niveles: aprendiendo unos de otros (doctrinal), ayudándose unos a otros (práxico), queriéndose unos a otros (afectivo).

Y este recordatorio es importante cuando hoy se busca influir eficazmente en el país. Como cristiano y salvadoreño, Monseñor fue de todos y para todos, pero en directo fue de y para los pobres. De ahí que fuese tan bien recibido por las mayorías y tan mal visto por sus opresores. De ahí su propia incomodidad personal en presencia de los poderosos —aunque no la rehuía si el país lo exigía— y su gozo personal al estar en las comunidades.

La credibilidad. Todo lo dicho es importante para ejercer influjo social con eficacia. Pero en un país tan sufriente como el nuestro, la condición indispensable de la eficacia se concentra en tener credibilidad, pues sin ella no se acepta ya ningún mensaje tras tanta palabrería inane de tantas promesas falaces, ni se generan esperanza y dignidad. Monseñor generó todo ello porque, en definitiva, tuvo credibilidad. La tuvo por lo ya mencionado: la ultimidad de su misericordia y la objetividad de su palabra. Pero la tuvo, en definitiva, porque en verdad hizo del pueblo pobre "su" pueblo. Monseñor se acercó a los pobres y aprendió de ellos. Amó a los pobres y a diferencia de otros, aun de los bien intencionados, sólo los amó, sin segundas intenciones, sin buscar ningún bien para sí. Con los pobres compartió conscientemente su persecución y, aun pudiendo haberla evitado, se mantuvo en ella. Su muerte la interpretó como último servicio a los pobres. Y, al final, murió como los pobres.

4. Conclusión. En el país hay hoy muchos males que erradicar y muchos bienes que propiciar, males y bienes del cuerpo y del alma salvadoreña, semejantes en el fondo a los del tiempo de Monseñor. Todos ellos hay que enfrentarlos con decisión y con realismo para buscar soluciones eficaces, y para todo ellos es muy necesario e importante mantener vivo el espíritu de Monseñor

Romero.

Nos hemos concentrado, sin embargo, en los males y bienes del alma salvadoreña no sólo porque están muy presentes unos y son muy necesarios los otros, sino porque, sistemática y conscientemente, en el discurso oficial se quieren desvirtuar los males y se los quiere ahogar en la conciencia colectiva, como si hoy todo fuese sustancialmente mejor que ayer y en un pronto mañana todo estará bien o muy bien.

Desenmascarar esos males y propiciar esos bienes es tarea de todos, pero lo es específicamente de las instituciones —eclesiales, religiosas, educativas, universitarias— que cuentan con la palabra para iluminar y animar. De ello sigue siendo insigne ejemplo Monseñor Romero y, por ello, es urgente hacer todo lo posible para que en nuestro país vuelva a latir el corazón compasivo y justo de Monseñor Romero, para que vuelva a resonar su palabra veraz y para que vuelva a erguirse su firmeza y credibilidad. Sin verdad, sin esperanza y

sin dignidad se hará más difícil encontrar y poner por obra las soluciones para la pobreza y para la guerra, y sin ellas, ciertamente, el país seguirá sumido en el miedo y en las tinieblas. Con verdad, con esperanza y con dignidad más fácilmente florecerán y se asentarán la justicia y la paz, y más fácilmente se harán realidad la fraternidad y la construcción de un verdadero pueblo.

A los de la UCA, Ignacio Ellacuría nos animó a trabajar para que “en lo posible no tengan éxito quienes quisieron apartar del camino a quien decía y hacía la verdad”. Esta debe seguir siendo la tarea de la UCA y la tarea de todos. Para encontrar ánimo en esa dura tarea siempre hay que volver al pueblo sufriente al que tanto amó Monseñor, pero los salvadoreños podemos volvernos a él equipados con el espíritu de Monseñor. “Mi voz desaparecerá, pero mi palabra que es Cristo quedará en los corazones que lo hayan querido acoger... La palabra queda”.

J. S.